

DIALOGO ENTRE AMIGOS

LA MORALIDAD Y EL PROGRESO

Lugar de la escena. Una pequeña placita albramada de césped en una de las colinas que rodean la ciudad de Barcelona desde donde se divisa el panorama espléndido de la gran metrópoli catalana.

Personajes: Luis, estudiante de Medicina; Antonio, estudiante de Derecho.

.*

—Luis—[Qué placer se experimenta tan grande en estos lugares alegres y sanos donde se recrea la vista, se tonifica el organismo, y el ánimo se equilibra en la paz interior!

—Antonio—[Sí, chico, sí ¡fástima que no se tenga á tales sitios el amor y la afición que se merece!

—Luis— Desgraciadamente gustan más las gentes del día de congregar en locales infectos presenciando espectáculos degradantes muchas veces, que de aspirar las auras campestres engendradoras de sanas alegrías.

—Antonio— Eso es porque están desorientadas y porque no tienen idea completa y exacta del camino que ha de seguirse para vivir feliz y dignamente.

—Luis— ¡Cuántas veces mi mente juvenil se lamenta de ello, y poseído de amor ilimitado hacia las clases humildes que vegetan miserablemente con dos compañeros que nunca las abandonan, siento bullir en mi interior una noble protesta contra tal estado de cosas!

—Antonio— ¡Parece que advinios lo que pasa en mi interior! ¡ciertamente las clases humildes pasan su vida entera escuchadas por sus dos perpétuas compañeros: ¡la Miseria y la Ignorancia!

—Luis— ¡Adivinate amigo! está vivo: los hombres de buena voluntad tenemos siempre sorprendentes coincidencias de ideas.

—Antonio— Por esa razón ahora que vamos á empezar pronto nuestra actuación sería en el escenario social, tu en tu apostolado de Médico, y yo en el de Jurisconsulto, vamos á formular una solemne promesa especie de juramento en este magnífico lugar.

—Luis— Como estoy de antemano persuadido de que será noble lo que propugnas, presidiendo ya lo que vas á proponerme, desde luego y aun desconociéndolo, ¡acepto!

—Antonio [Poniéndose en pie], pues ambos están sentados, y quitándose con noble ademán su sombrero, dice:

—[Bajo el dosel azul del cielo, de frente á la progresiva ciudad de Barcelona, poéticamente arrullada por las olas del Mediterráneo que ante nosotros se extiende como fantástica visión de ensueño—]Prometamos ante el sagrado de nuestra conciencia, dedicar nuestra vida entera á combatir la miseria y la ignorancia de las humildes!

—Luis [Levantándose y descubriéndose solemnemente] ¡Prometido! ¡Dios dedicar mi vida á combatir esos dos enemigos del mundo!

—Antonio— ¡Y ahora vamos á definir

el concepto concreto de la vida del hombre.

—Luis— ¡Empieso yo y digo: para mí puede resumirse la vida humana en dos conceptos: Moralidad y Progreso, síntesis concreta de la vida del hombre.

—Antonio— ¡Idéntica es mi concepción individual; y á mi vez te diré lo que entiendo por esos dos conceptos: Moralidad: conformidad de los actos humanos con la recta conciencia; Progreso: marcha ascendente del hombre desarrollada gradualmente en el sentido de su perfección.

—Luis— ¡Conforme con tu idea falta ahora definir lo que es la conciencia. Conciencia es para mí, el sentido íntimo ó moral del hombre.

—Antonio— ¿Crees tú que puede llamarse progreso el adelanto material del hombre si no se apoya en la moral?

—Luis— Sin esa base, sinceramente creo que no puede existir verdadero progreso; el progreso material circunscrito á la conquista de la riqueza, podrá satisfacer á personas escépticas de la llamada escuela positivista, pero nunca satisfará á las personas que creen que continúa la vida aun después de caducado el cuerpo físico.

—Antonio— ¡Es el error, el progreso material llenará las aspiraciones de todos los que crean que el hombre no tiene más existencia que la merquina y penosa vida terrenal; pues para todas esas personas, la inmortalidad del hombre, la creencia en el Poder Creador, la idea de la responsabilidad final de los actos humanos, y la idea de la justicia universal, son palabras y conceptos vacíos de sentido, ¡fantasmas moruos!

—Luis— ¿Y qué concepto te merecen todos los hombres que buencamente crean no haber más vida que la vida terrenal?

—Antonio— Pues el concepto más lamentable, más desconolador, más erróneo y digno de compasión!

—Luis— ¡Y las consecuencias de tales creencias, ¿crees que pueden ser más tremendas?

—Antonio— No ciertamente: el progreso sin moral es la ley del más fuerte, la contienda despiadada y cruel por la conquista del vellón de oro, la negación de todo idealismo noble, ¡el estol en una palabra.

—Luis— ¡Afortunadamente, aunque en la actualidad existen hombres con un concepto tan pobre de la vida, son muchos más, somos muchos más los que no participamos de tan menguado criterio.

—Antonio— ¡En verdad: dentro de la aparente confusión de ideas entre los hombres, existe no obstante cierta universal concomitancia y aceptación inconsciente de las ideas básicas sobre que deseanse la vida; este fenómeno es más producido por la inevitable y misteriosa acción del progreso universal en sí, que por las voluntades de los hombres.

—Luis— ¡Pobre humanidad, sin esa acción; abandonada á sus propias fuerzas sin la Ley Paternal que la rige y

quiera ó no mantiene en la senda progresiva, cuyas cláusulas principales observa aún inconscientemente; ¿á dónde le llevarían sus demencias?

—Antonio— ¡Ya lo crees lo llevarían al precipicio sin fondo, á la imposibilidad de sostener su vida y cumplir sus misteriosos destinos finales.

—Luis— ¿Crees tú que yo muchas veces no admiro en las soledades de mi vida interior ese hecho portentoso del equilibrio universal?

—Antonio— Es el punto capital de convergencia de ideas entre todos los hombres que mantienen viva la luz de su razón; y es el punto de negación de cuantos por su desgracia abandonan su vida entera al tumulto de sus pasiones.

—Luis— ¡Y para cumplir nuestra promesa, ¿de qué medios nos valdremos?

—Antonio— De todos: del periódico, del libro, del teatro, de la propaganda oral con todas las clases sociales á quienes inevitablemente trataremos en el ejercicio de nuestras profesiones.

—Luis— ¡Pues nada, ¡convenido!, á dejar claramente definido el concepto de que la vida humana para merecer tal nombre, se ha de desarrollar sobre la base de Moralidad y Progreso.

—Antonio— ¡Y si forjar constantemente la convicción de que la vida humana afezada solamente en la base de progreso material, será vida vegetativa, pero no vida progresiva de seres perfectibles.

J. M. CLAVERIA.

Barcelona y Marzo 1933.

La cocina casera

Tres platos.

Rosquitas rellenas.—Píquense, en crudo, medio kilo de ternera y un cuarto de kilo de jamón, y con una cucharada de manteca de vaca y las yemas de dos huevos batidas, hágase una pasta bien sazonada de sal y pimienta.

Con dicha pasta háganse unas roscas, que rebizadas en harina, se poven á freír en aceite bien caliente.

Antes de que estén completamente fritas, póngase en el centro de las roscas salsa *bechamel*, bastante espesa, hasta llenar el hueco, echando sobre ella unas cucharadas del mismo aceite en que se hace el frito, para que cuje un poco.

Cuando estén fritas del todo, séquelese con cuidado, para que no se seque el relleno, ó sírvanse en la misma cacerola en que se hicieron.

Congrio al rojo.—Bien limpio el congrio, pártase en rodajas y cóquese unas junto á otras en una besuguera lo suficientemente grande para que queden en una sola capa.

Aliéñese con unas gotas de aceite crudo, zumo de limón y un ligero espolvoreo de sal y pimienta.

Aparte, fríase en una sartén con seis cucharadas de aceite, un poco de cebolla muy picada y un kilo de tomates sin pellejo y partidas, sazonados con sal y pimienta.

El pesado, en la forma expuesta, se pone en el horno, y cuando le falte muy poco para estar saado, se le añade el

frito, más una taza de caldo, y en el mismo horno se deja hasta que acabe de cocerse.

Cuando lo esté, cóquense las rodajas en una fuente, distribuyendo sobre ellas todo lo que haya quedado en la cacerola, y sírvase el plato.

Habas en picadillo.—Con un par de chorizos y cien gramos de jamón de puerco, después de quitarles la piel y la corteza, respectivamente, hágase un picadillo no muy menudo y mezclando bien ambas cosas con pimentón y clavos.

Desgráñense las habas y cúzense en agua salpimentada, que las cubra por completo.

Cuando estén cocidas, déjense reposar en poca agua, y mientras, en manteca bien derrochada, fríase la mezcla de jamón y chorizo, y cuando esté viértase el contenido de la sartén sobre las habas, que se habrá procurado que no se enfrién.

Dándole un hervor á todo junto, quedará en disposición de servirse.

CARIDAD

¿Qué es caridad? Nos hemos preguntado repetidas veces. Jamás conceptuamos con tal, el dar unos céntimos que nos sobran al que llamé á nuestra puerta; ni mucho menos el hacer que una multitud haraposa extendiera su mano ante una dávida periódica. Para nosotros la caridad es otra, la conceptuamos de tan grande y sagrado, que no nos atrevemos á la afirmación de que en especie ó dinero se practique.

Es de una magnitud tan grande que puede practicarse al prodigar un consuelo, al caldear espíritus acriados de poco amor, al ser madre de uno que no la tiene; y de una extensión y variedad difícil de expresar. ¿Qué hemos hecho al dar al que se llama pobre, unos céntimos que nos sobran? Nada. Porque si bien es verdad que han de servir para adquirir el alimento que presumimos que falta, ¿por qué no han de lastimar el corazón que busca un consuelo?

Hay muchos preciosos de caridad que no la practican; son aquellos de pobreza del alma, los que consideran que el consuelo no puede ser alcanzado en otra corazón. La limosna de amor, sin romántico; en el sentido de la palabra, es la menos prodigada y la más necesaria; no pedimos por la tostería, por la vileza de querernos engañar á nosotros mismos, por considerarnos felices á sabiendas de no serlo, por que nos avergüenzan de que puedan saber que somos unos desgraciados.

[Caridad! Palabra falseada por todos, bandera del pediguño de profesión, ariete para resquet rajar corazones que no la albergan. Céntimos que valen un «Dios se lo pague» cuando en realidad sirven de oprobio al que los recibe. Mental dado para un fin que nunca es para el que se predatana.

Caridad santificada por todos y manciplada por muchos que la consideran como medio de vivir al amparo de los sentimientos de los demás.

JUAN ALTRUISTA.